

La primera traducción

por Antonio Tursi

Este especialista en Lenguas Clásicas relata los orígenes de la profesión y explica cómo los romanos superaron a los griegos al realizar las primeras traducciones de textos de autores griegos y clásicos.

Sobre la traducción notemos de entrada algo significativo, que consiste en el hecho de que por primera vez en Occidente es Roma quien traduce y no Grecia. Los griegos clásicos no tradujeron. La primera traducción que se hace al griego se remonta al siglo XII y es la *Consolación de la Filosofía de Boecio*, filósofo del siglo V. Roma, así pues, inaugura para Occidente, tanto lingüística como doctrinalmente, comentarios a textos traducidos. Con lo cual, a los problemas propios de toda interpretación, Roma añade los propios de toda traducción: transcripciones, adaptaciones, neologismos, nuevas acepciones o ampliaciones de sentido de un término, en fin, criterios de traducción. Ahora bien, en el campo filosófico, a diferencia del de la literatura, la mitología o la poesía, donde hubo un rápido sistema de equivalencias greco-latino, -ya desde el siglo I antes de Cristo y en la tradición latina: romana, medieval, renacentista-, los criterios de traducción desde siempre se fueron haciendo complejos. En rigor, el texto o la índole del texto traducido determinó el criterio de traducción con el cual asir el texto. De un lado, un criterio libre, sentido por sentido (*sensus del sensu*) propuesto para textos de retórica por Cicerón; de otro, un criterio servil palabra por palabra (*verbum e verbo*) en teología, propuesto por Jerónimo. En filosofía, en cambio, se daba una especie de combinación de ambos criterios. Es Cicerón, precisamente, el primer traductor de peso de textos filosóficos del griego al latín, quien, en su obra *De los fines buenos y malos (De finibus bonorum et malorum)*, donde trata acerca de la moral estoica, III, 4, establece una especie de gradación por preferencia de criterios de traducción: el mejor procedimiento es el de palabra por palabra, si no es posible traducir palabra por palabra, se puede optar por una de dos, o bien crear un neologismo (*inauditum nomen*) o bien recurrir a un circunloquio (*plura verba*). Con todo, si por tradición ya se ha adoptado un término transcripto (*nomen graecum*), se lo puede utilizar. Al criterio recomendado de palabra por palabra se ajusta la tradición medieval. Pero lo hace servilmente, con un notable aumento de neologismos, a punto tal de que es posible establecer tres momentos según la recurrencia e incremento de la transcripción de términos griegos: uno primero, en el Bajo Imperio (siglos VI-XII), en que se halla un considerable aumento de neologismos, y en la Baja Edad Media (siglos XIII-XIV), en la cual ocurre un desplazamiento hacia el criterio que Cicerón colocaba como último, el de transcribir términos griegos, y a punto tal de que los tra-

ductores escolásticos prefieren, en aras de la precisión lingüística, transcribir el término teniendo un latín tradicional que cubre el mismo campo semántico. Estos momentos en los que se dan traducciones de textos griegos (los siglos VI, IX y XIII como culminantes) son considerados "renacimientos" por los historiadores del pensamiento. Hay una especie de paralelismo que se podría trazar entre la historia de la filosofía y la historia de la traducción. Cada vez que se traduce un nuevo texto reaparecen nuevos problemas, se reformulan otros y se va creando un bagaje conceptual y lingüístico que la tradición medieval lega a Occidente. Las lenguas romances trabajan con el vocabulario técnico que crea el latín clásico y medieval. Las lenguas germánicas, de hecho, crean un lenguaje paralelo de acuerdo con sus posibilidades a ese lenguaje técnico filosófico que se crea en latín. Y en el caso de no tener la palabra correspondiente adoptan el término latino. Ahora bien, el Renacimiento del siglo XV reacciona tildando de helenismo y barbarismo al criterio servil medieval y estableciendo un nuevo criterio, propio del artista, el de estilo por estilo, tal como dice Leonardo Bruni en su tratado *Sobre la traducción correcta (De recta interpretatione)*, según el cual la traducción debe reflejar, sin desvirtuar, toda la riqueza del original, como lo hace una puntura que muestra el original sin ser ella el original. Para terminar, señalemos que los pruritos de los renacentistas por purificar la lengua latina no afectaron al latín medieval que ya se había convertido en lengua universal del saber, con el vocabulario técnico que forjan y fijan los traductores medievales, por cierto, se escribirá filosofía y ciencias hasta por lo menos el siglo XVII.

Antonio Tursi es profesor de Lenguas Clásicas, Filosofía y Política Medieval y Renacentista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Tiene traducciones editadas en la Argentina y en España de clásicos latinos como Cicerón, Horacio y Séneca, medievales como San Agustín, Boecio, Tomás de Aquino y renacentistas como Maquiavelo. Está especializado en problemas de traducciones en esos periodos con ponencias y artículos sobre el tema.

Este texto fue extraído del capítulo "Traducir teorías" del libro *Jornadas sobre la traducción literaria y filosófica* editado por Libros del Rojas, Buenos Aires 2006.